

40 días en España

CARLOS GARCÍA SANTA CECILIA

26
27

LETRA INTERNACIONAL

*Al escribir
sobre la guerra
española,
Kazantzakis
se propuso,
sobre todo,
ser totalmente
objetivo y escribir
sin juzgar.*

Después de recorrer el mundo, incansable, durante más de una década, Nikos Kazantzakis decidió, en 1936, asentarse en la isla de Egina junto a Eleni Samios, su entonces compañera —y segunda esposa desde 1945—, para afrontar la que siempre consideró su gran empresa literaria: la continuación de la *Odisea*. Los días transcurrían tranquilos y envueltos en la luz azulada del Mediterráneo, su obra avanzaba y también la construcción de la nueva casa, en forma de castillo y al borde del mar, que la pareja supervisaba a diario. A mediados de julio se produce la rebelión de un grupo de militares en España y a comienzos de agosto la instauración del régimen fascista de Ioannis Metaxás en Grecia, pero Kazantzakis permanece en la isla.

«Octubre en una isla griega es tan fantástico que ninguna palabra podría describirlo», escribe Eleni (1). Un mensaje urgente, sin embargo, rompe un futuro tan halagüeño el 30 de septiembre. Emilios Jurmúsios, jefe de redacción de *Kathimeriní*, uno de los principales diarios de Grecia, le emplaza a viajar inmediatamente a España como corresponsal. En menos de 48 horas debe partir, y esa misma tarde tiene que estar en Atenas para entrevistarse con Gergios Vlajos, director del periódico (2). Eleni reproduce la conversación entre los dos hombres: «Sé que hubieras preferido irte con los rojos... pero te envío con los negros, como los llamas».

—¿Por qué a mí precisamente?

—Porque tú dirás la verdad. Tus amigos y tus enemigos te cogerán antipatía y yo estaré encantado con ello. ¿Te vas inmediatamente sí o no?

El 2 de octubre, *Kathimeriní* anuncia, con alarde tipográfico, el comienzo de la «misión extraordinaria» del «destacado intelectual», que ha vivido durante dos años en el país (3) y que es el más indicado para describir la tragedia en la que se sume España por la «insensatez criminal de los rojos». La prensa griega ya se ha decantado claramente por el bando de Franco, aun cuando el Gobierno seguirá cerrando succulentos contratos con ambos contendientes (4).

(1) Eleni Kazantzakis: *El disidente*, Planeta, Barcelona, 1974, p. 276, y ss. para la correspondencia de NK con su compañera.

(2) Fundado por Gergios Vlajos, personaje eminente del periodismo griego, *Kathimeriní* era un diario conservador, opuesto a la política de Elefterios Venizelos, y de magnífica factura. Helena Vlajos, fallecida hace unos años, sustituyó a su padre en la dirección de un periódico que sigue siendo hoy uno de los referentes de la prensa helena.

(3) Kazantzakis viajó por primera vez a España en el verano de 1926: entrevistó a Primo de Rivera y ya tuvo un primer contacto con Toledo y El Greco. Su segunda estancia es la más larga y fructífera —de septiembre de 1932 a marzo de 1933—, en la que toma contacto con intelectuales de la República, entre ellos Unamuno, y emprende varios proyectos y la traducción de poesía española contemporánea.

Regresa a Grecia súbitamente cuando recibe la noticia de la muerte de su padre. Después de sus 40 días como corresponsal en la Guerra Civil, en 1936, todavía volverá en otra ocasión, sólo unos días, en septiembre de 1950 y en compañía de Eleni y de unos amigos, a los que llevará a Toledo para conocer la obra de El Greco. Del primer viaje escribió sus impresiones en *Elephtheros Typos*; en los dos siguientes escribió para *Kathimeriní*. En 1927 se publicó una selección de sus crónicas de viajes por España, Italia y Egipto. Una década más tarde apareció como volumen independiente *Viajando: España*, centrado en los viajes de 1932-1933 y de 1936.

(4) El 29 de octubre, *Abc* de Sevilla se hace eco de un discurso de Metaxás el día anterior en el que afirma que Grecia «no pretende llevar el desorden a nadie» y tampoco «se entromete en las complicaciones internacionales».



TRANSCRIPCIÓN

En Atenas, el... 193...

Extremadamente urgente

Mañana del miércoles.

Querido Nicos,

¿Te apetece un viaje a España ahora mismo? Si sí:

Te vas el viernes.

Lo de tu pasaporte se arreglará en pocas horas.

Viajarás con el representante oficial de los rebeldes en Burgos.

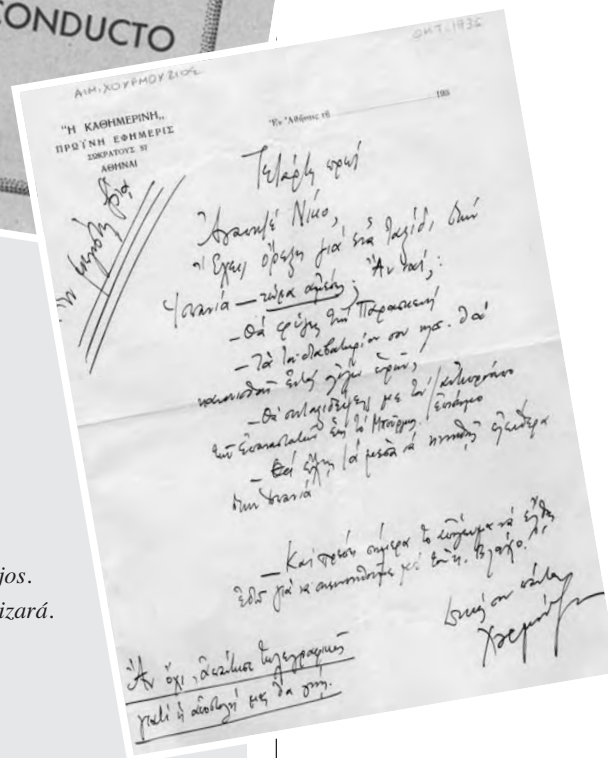
Tendrás los medios para moverte libremente en España.

Y esta tarde tienes que pasar por aquí para hablar con el sr. Vlajos.

Si no, contesta por telegrama, porque nuestra expedición se realizará.

Tuyo siempre,

E. Jurmúsios



Portada del salvoconducto de prensa de Nikos Kazantzakis.

Carta a Nikos Kazantzakis de Emilios Jurmúsios, jefe de redacción del periódico *Kathimerini*, octubre de 1936.

Por el escrito de Jurmúsios sabemos que el corresponsal viaja con el representante oficial ante los rebeldes (5), de ahí la premura de los preparativos: «Kazantzakis se encontrará en el corazón de la revuelta en el curso de los días próximos y tendrá con toda seguridad la suerte de internarse en la capital española junto con las tropas del Generalísimo Franco». La misión, concluye la nota, «marcará época en las crónicas del periodismo griego» (6).

«Sólo la necesidad y el deseo de ver esta nueva calamidad del mundo, España, me ha obligado a salir de Egina. Lo pago caro, pero pienso que esto sólo durará un mes, pasará pronto y todo se tornará recuerdo bajo la dulce pátina del

(5) Probablemente se trate de Nikos Bótasis, almirante y primer representante griego ante el Gobierno de los sublevados. (Debo estos datos, y muchos otros de este trabajo, al profesor de la Universidad Abierta de Atenas Dimitris Filippis, cuyos estudios sobre la participación griega en la guerra civil española son fundamentales. De inminente aparición el último: *Recuperación documental: la herencia histórica española en Grecia*, que comprende un completo análisis de los archivos de varios países).

(6) Nikos Kazantzakis: *Viajando: España*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1998, p. 359. La traductora de este libro, de muy escasa distribución en su día, Guadalupe Flores Liera, mexicana y residente en Grecia, nos ha comentado que el proyecto comprendía la traducción de todas las crónicas directamente de *Kathimerini*, pero que por problemas editoriales sólo se incluyeron cuatro de ellas. Las crónicas que escribió Kazantzakis durante la Guerra Civil permanecen, por tanto, inéditas en España.

Carlos García Santa Cecilia

40 DÍAS EN ESPAÑA

28
29

LETRA INTERNACIONAL

TRANSCRIPCIÓN

Octubre de 1936

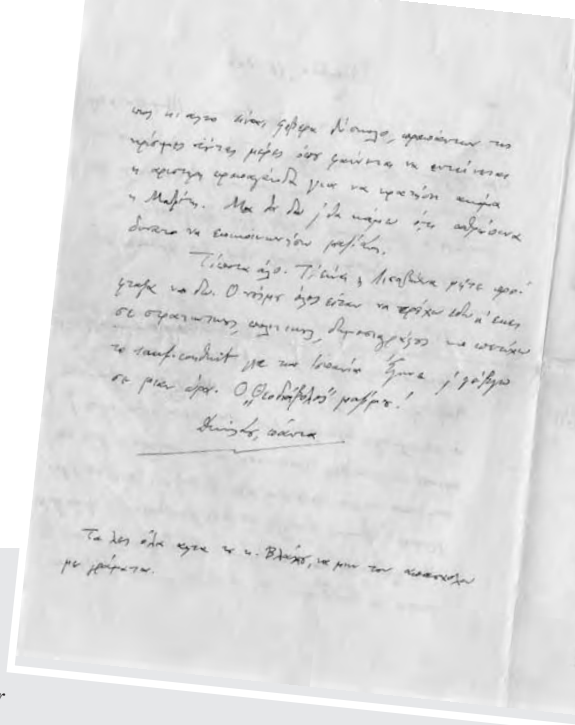
Vapor Usuguma, acercándonos a Gibraltar

¡Querido amigo!

Te escribo desde el barco y te enviaré esta carta cuando llegue a Lisboa y logre obtener el permiso para entrar a España. Hasta ahora el viaje es terriblemente lento y agotador y como no han teleografiado desde Atenas a la agencia de Marsella, no he encontrado sitio en el barco y con mucho trabajo he logrado ser aceptado (y ¡hay barco sólo una vez al mes para Lisboa!). Nuestro embajador en Roma, correct y como debe ser un diplomático, se negó intervenir en Italia y me dio sólo una carta para nuestro consulado en Portugal. Allí encontraré grandes dificultades porque, como me dicen mis compañeros de viaje españoles, sospechan a todo el mundo. Espero poder terminar esta carta con una buena noticia. Estoy ansioso por entrar ya en España, como si fuera un ser querido que ha sido herido y estoy apurado para ver cómo va. Incluso oralmente, seré totalmente objetivo, escribiré lo que vea sin juzgar —visión visual—. Si puedo, pasaré también al otro bando cuando termine mi tournée con los rebeldes. Trataré de ver lo más posible en el tiempo que me pueda quedar.

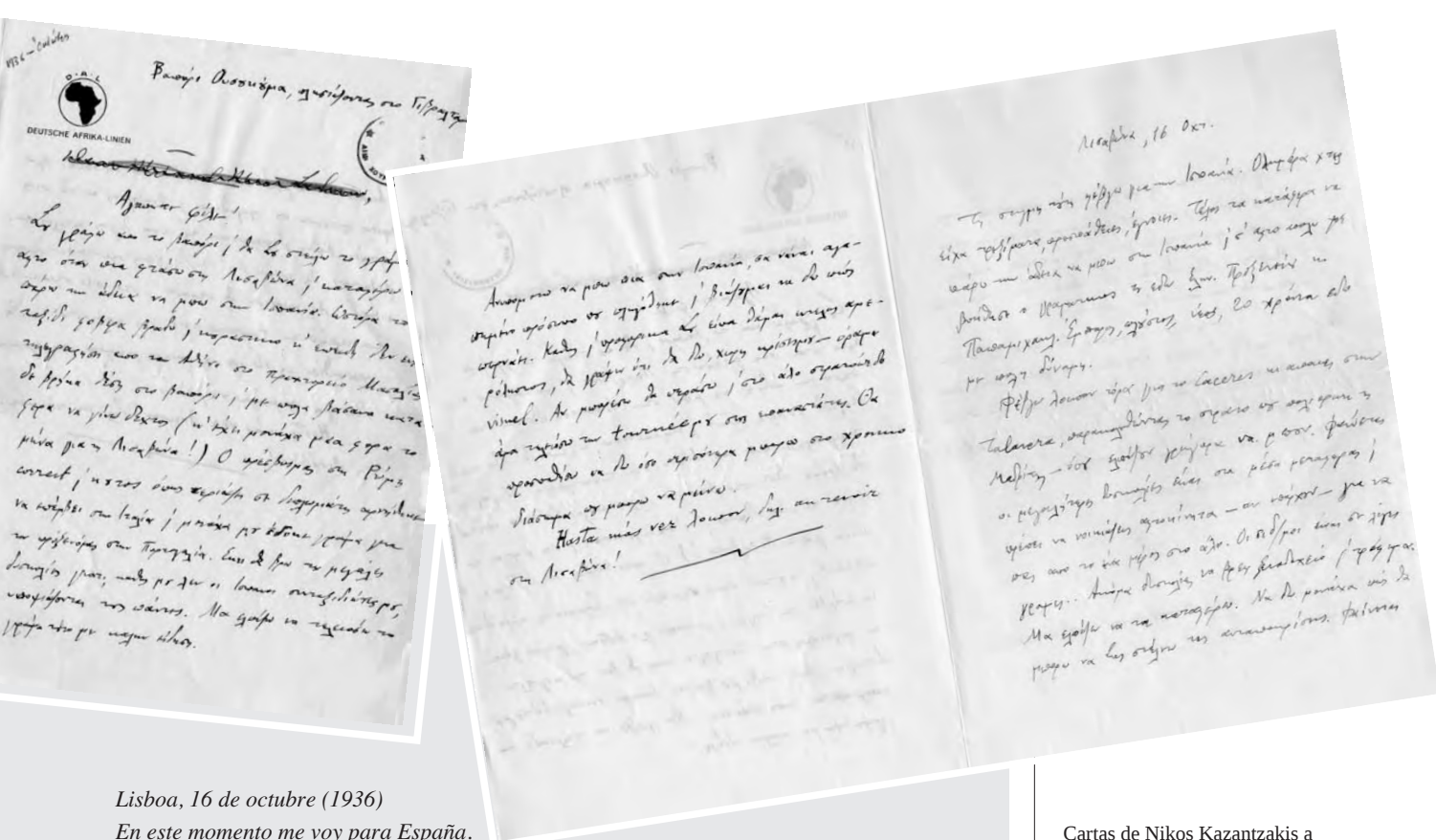
¡Hasta más ver entonces, que quiere decir au revoir en Lisboa!

N



tiempo», escribe Kazantzakis a su compañera al llegar a Marsella, el 9 de octubre. A diferencia del entusiasmo de *Kathimeriní*, que alude a los «momentos épicos» de la guerra como el Alcázar, San Sebastián e Irún, al enviado especial le preocupan los principios éticos en los que quiere sustentar su trabajo. No es un propagandista, ni un agente de los totalitarismos emergentes en Europa, como sabía el provocador director de su periódico. En una misiva dirigida al redactor jefe Jurmúsios que escribe en el barco que le lleva al otro extremo del Mediterráneo, Kazantzakis anota, al llegar a Gibraltar, que quiere ser totalmente objetivo, escribir sin juzgar, y se plantea pasar al otro bando cuando termine su estancia con los rebeldes.

Este documento (que, como otros reproducidos en este *Cuaderno*, creemos que se publican por primera vez en España) permite reconstruir la peripecia de un viaje «lento y agotador», pues a pesar de las prisas con las que salió de Grecia, una semana después todavía está en Marsella y no llegará a su destino, Lisboa, hasta mediados de mes. Logra embarcar en el último momento —no hay más que un barco al mes de Marsella a Portugal— y reprocha, ya como un auténtico corresponsal, la escasa ayuda prestada por su cuerpo diplomático. El barco hace escala en Palma de Mallorca, donde sitúa una parte de su primera



Lisboa, 16 de octubre (1936)

En este momento me voy para España.

Todo el día de ayer tuve que correr mucho, hacer gestiones, deshacer líos. Finalmente conseguí el permiso para entrar en España y para eso me ayudó mucho el secretario del consulado griego de aquí, el sr. Papamijaíl. Es un comerciante, rico, joven, que hace 20 años que está aquí, con mucho poder.

Me voy entonces ahora para Cáceres y de allí a Talavera, siguiendo al ejército que cerca Madrid, donde esperan entrar pronto. Parece que las mayores dificultades están en los medios de transporte y se deben alquilar coches —si hay— para ir de un lugar a otro. Los ferrocarriles funcionan con pocas líneas. Hay también dificultades para conseguir hotel y comida. Pero espero arreglármelas. Quiero ver sólo cómo les envío las crónicas. Parece que eso también es terriblemente difícil, sobre todo en estos días decisivos, en que parece que la propaganda de la izquierda se hace más intensa para que Madrid aguante más. Pero veré y haré lo humanamente posible para comunicarme con ustedes.

Cartas de Nikos Kazantzakis a Emilios Jurmúsios, jefe de redacción del periódico Kathimerini, escritas durante su viaje en barco hacia España, octubre de 1936.

crónica, publicada el 24 de noviembre, que describe la ebullición de los soldados que se preparan para la guerra, la lluvia que cae sobre el pórtico de la catedral y la pareja de adolescentes que se despide. Hay en este pasaje una serie de menciones a Franco y Largo Caballero, al fascismo y al comunismo que desaparecen de la reelaboración posterior que publicará en el volumen *Viajando: España* (7), por lo que se impone una relectura que nos permita entender el trabajo de Kazantzakis en su verdadera dimensión, esto es, mucho más apegado y dependiente de la actualidad. Todavía no ha llegado a la Península y viaja muy preocupado porque no sabe si logrará entrar en la zona de conflicto ya que «sospechan de todo el mundo».

El 16 de octubre, después de «correr mucho» y gracias —esta vez sí— a la ayuda del secretario del consulado griego en Lisboa, consigue el salvoconducto y parte para España. Su preocupación, como deja constancia en la segunda parte de la carta a Jurmúsios que comenzó a escribir en el barco y expide en la capital portuguesa, es cómo mandar los despachos. Hay dificulta-

(7) Se publicó por primera vez este libro en la editorial Pyrsos, Atenas, 1937. La versión española más

conocida (además de la mencionada en la nota anterior) es: *España y Viva la Muerte*, Madrid, Júcar, 1977.

30
31

LETRA INTERNACIONAL

*La primera misión
de Kazantzakis
en España
fue entrevistar
a Miguel
de Unamuno,
cuyos poemas
había traducido.*

des en los medios de transporte y también para conseguir hotel y comida. «Pero espero arreglármelas».

La primera sensación que percibe al pisar tierra española es de «alegría, regocijo, bullicio festivo, como en una corrida de toros». «El que hoy entra en España», escribe, «se enfrenta a un espectáculo cruel, atractivo e insospechado. Un espectáculo que trataré de ver con ustedes». Logra subir a un tren —describe el viaje entre soldados en su primera crónica— y el domingo 18 está ya en Cáceres, en el ruedo ibérico. «Ambiente de campo de batalla: ruido, alegría, farolillos, mujeres alegres, cafés abarrotados, tabernas, soldados en compañía de mujeres, silenciosos marroquíes de negras barbas, chilabas, revólveres, cuchillos que van y vienen mudos y se detienen. Charlan y bromean las españolas en los quicios de las puertas...» Pero esta visión de la capital extremeña, que apunta en la hoja suelta desgarrada de un cuaderno que recoge Eleni, es fugaz. Se traslada rápidamente a Salamanca, capital de la España de Franco, donde llega la tarde del 19 de octubre, y se aloja en el Gran Hotel.

Su primera misión va a ser entrevistar a Miguel de Unamuno, catedrático de griego y uno de los hombres «más consagrados de la tierra», al que había conocido unos años antes en Madrid, en la tertulia del Ateneo, y del que había traducido poemas. Escribe una nota en francés el mismo día de su llegada pidiéndole que le reciba: «Sus admiradores helenos esperan con ansiedad su voz capaz de guiarles en este terrible momento que atraviesan España y la humanidad». Sólo unos días antes, el 12 de octubre, había tenido lugar el conocido incidente del Paraninfo de la Universidad entre Miguel de Unamuno y un grupo de exaltados comandados por José Millán Astray, del que sin duda Kazantzakis tuvo noticia, aunque no lo menciona en ningún momento. El encuentro entre los dos intelectuales se celebró el día 21 de octubre, probablemente a las cuatro de la tarde, la hora que le sugiere el vasco en la tarjeta de visita en la que le responde (8). El corresponsal señala en su crónica que espera, dando un paseo por el jardín de la iglesia de Santa María de los Caballeros, «el momento de llamar a la puerta del gran anciano de Europa». La tarjeta manuscrita de Unamuno —desconocida hasta ahora en España— contiene una frase reveladora de su estado de ánimo y de su situación: «No salgo de mi casa».

Le recibe en su casa de la calle Bordadores número 4, en pleno centro histórico de la ciudad, y el corresponsal encuentra a un hombre encorvado, envejecido, marchitado. La conversación, muy reproducida para analizar los últimos días del pensador vasco, transcurre por territorios comunes para ambos: el deterioro de la espiritualidad, la ausencia de valores de la sociedad de la época

(8) El día 22 escribe a su compañera desde Segovia después de pasar «muchas horas en las líneas» con los soldados, por lo que la entrevista tuvo que celebrarse el día anterior, el día en el que está

fecha la tarjeta de visita de Unamuno (que invalida también la posibilidad de que el encuentro fuera el día 20, como especulan varias monografías dedicadas al tema).

A Monsieur Kazantzaki
 Vous pouvez, mon cher monsieur, venir me voir à l'heure ou vous voudrez
 Je ne sors de chez moi. Je crois
 Miguel de Unamuno

la meilleure à 4 heures de l'après
 midi

21 X 36

TRANSCRIPCIÓN

[Carta de Nikos Kazantzakis]

Le suplico, querido maestro, que me conceda unos instantes. Llegué ayer tarde de Grecia para verle a Vd. Sus admiradores helenos esperan con ansiedad su voz capaz de guiarles en este terrible momento que atraviesan España y la humanidad. Con la esperanza de que tenga a bien señalarme un momento para recibirme, le ruego que acepte, querido maestro, mis saludos más respetuosos:

Dr. N. Kazantzakis

Escritor

Salamanca, 20 de octubre 1936

Gran Hotel

[Tarjeta de visita de Miguel de Unamuno]

Al Sr. Kazantzakis

Puede usted, mi querido señor, venir a verme a la hora que usted quiera. Yo no salgo de mi casa. Creo que lo mejor a las 4 horas de la tarde.

21 X 36



Carta de Nikos Kazantzakis a Miguel de Unamuno solicitando una entrevista y tarjeta con la respuesta de Miguel de Unamuno, 20 y 21 de octubre de 1936.

y la angustia del sacerdote de *San Manuel Bueno...* como ejemplo del hombre que ha dejado de creer pero debe seguir fingiendo ante los demás. No hay grandes diferencias entre lo que leemos en la crónica y lo que luego recogió en el libro, pero es mucho más concreto en la crónica. La música y el desfile militar de la calle interrumpen la charla que transcurre hasta entonces por derroteros filosóficos. Unamuno aguza el oído y exclama:

«En este momento crítico que está atravesando España, yo sé que debería estar junto a los soldados. Son ellos los que nos salvarán, los que impondrán el orden. Los otros nos han traído la anarquía y la barbarie. Franco y Mola son prudentes y tienen rectitud moral. Quieren el bien del país, son sencillos y equilibrados. Saben lo que significa la disciplina, y saben imponerla. No haga caso, no me he vuelto de derechas, no traicioné la libertad. Pero, por ahora, es absolutamente necesario imponer el orden. Después me levantaré y empezaré a luchar de nuevo por la libertad, absolutamente solo. No soy ni fascista, ni bolchevique. Estoy solo».

Han transcurrido nueve días desde el incidente del Paraninfo y Unamuno explica claramente su posición política ante su interlocutor griego, con nombres, juicios y un último llamamiento a la libertad y a un equilibrio que ya no será

*Mientras está
en Toledo,
Kazantzakis
tiene noticia
de que ha sido
asesinado
García Lorca,
el poeta español
que más admira.*

posible. Hay que hacer notar que esta entrevista se publicó en *Kathimeriní* el 19 de diciembre de 1936 y Unamuno no muere hasta el día 31, lo que desmiente las opiniones que señalan que fue «reconstruida» tras el fallecimiento del pensador vasco. Si alguna conclusión general cabe extraer de estas crónicas es la absoluta honestidad del trabajo de Kazantzakis. El análisis de la situación, por lo demás, es compartido por ambos, como podemos comprobar cuando, a su regreso a Egina y citando a Unamuno —así lo recoge Eleni—, el griego enumera los problemas acuciantes del mundo: el fin de los mitos, el advenimiento de una nueva Edad Media y la invasión de los bárbaros de uno y otro extremo (9).

Al día siguiente de la entrevista, el 22 de octubre, se publicó el decreto en el que Franco disponía el cese de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca. Kazantzakis, mientras tanto, ha salido temprano de la ciudad esa misma mañana y se enfrenta por vez primera a la guerra. En una posición cercana a Madrid (probablemente en la zona del Alto del León), un oficial advierte del peligro justo en el momento en el que sobrevuela un obús que cae cerca, levantando una terrible humareda. El corresponsal permanece en pie para ver la explosión; luego cae otro obús, y un tercero. «Queríamos ir a Toledo, pero hay dificultades», escribe desde Segovia por la noche, y añade que todavía no se ha producido el gran acontecimiento: la toma de Madrid.

Después de la fulgurante ofensiva del ejército de África y tras el rodeo para liberar el Alcázar de Toledo —que tan buenos réditos propagandísticos y de liderazgo interno aportaron a Franco—, los sublevados se acercan a su objetivo. El 23 de octubre, los Junker 52 alemanes bombardearon las calles de la capital en el primer ataque intensivo. A los pocos días, los nacionales tomaron Seseña, pero los republicanos contratacaron apoyados por los carros de combate rusos T-26 y reconquistaron la localidad —si bien por poco tiempo—. La guerra de España se internacionaliza, inicia su fase más cruenta y los militares golpistas se quitan de encima a los testigos.

No tenemos noticia de las andanzas de Kazantzakis hasta el 26 de octubre cuando, desde Burgos, da cuenta de que ha recorrido el frente norte en coche durante la última semana. Una semana de guerra en la que ha visto pueblos en ruinas, madres que lloran, mujeres de negro, perros fieles en las puertas con los ojos enrojecidos... Luis Bolín, encargado de la organización de los corresponsales de guerra en la zona nacional, explica que las caravanas de periodistas, «no siempre dóciles y disciplinados», eran a veces muy numerosas y que las encabezaba un oficial de Prensa en el primer coche y las cerraba otro en el último (10).

(9) *Op. cit.*, p. 280.

(10) Luis Bolín: *España. Los años vitales*, Madrid, 1967, p. 159 y ss. A pesar de la obscena tergiversación de algunos hechos incontrovertibles, como el bombardeo alemán de Guernica, Bolín, el periodista

que facilitó el transporte a Franco en julio de 1936, es fuente obligada para reconstruir las condiciones de trabajo de los corresponsales del bando nacional, especialmente las dificultades de transmisión de las crónicas, como veremos a continuación.

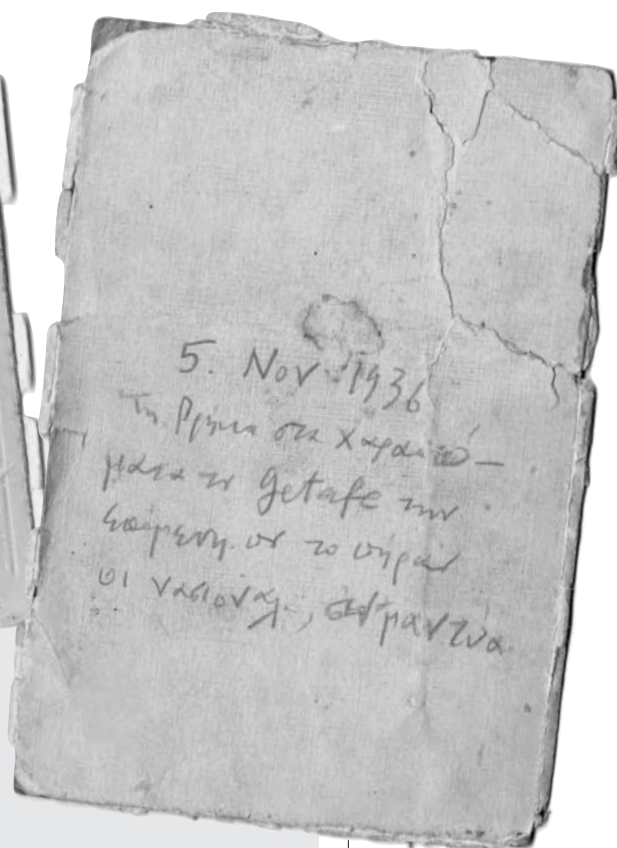


TRANSCRIPCIÓN

[Reverso de la foto]

5 de noviembre de 1936

La encontré en las trincheras de Getafe, al día siguiente de su conquista por los nacionales, en un abrigo.



Fotografía que Nikos Kazantzakis encontró junto al cadáver de un soldado en las trincheras de Getafe, Madrid, 5 de noviembre de 1936.

La postal que Kazantzakis escribe a Emilios Jurmúsios desde Burgos (elige una vista de la Casa del Cubo en la calle Fernán González) nos amplía la información de la carta a su mujer, ambas fechadas en la capital castellana el día 26. Todavía recorrerá Irún y San Sebastián y tres días después regresará a Salamanca, comenta el enviado especial al jefe de redacción de *Kathimeriní*. Pero nos ofrece también una información muy valiosa sobre su trabajo. En primer lugar, hace notar que escribe en francés «para que esta tarjeta pueda pasar» y añade que no puede «escribir detalles». El corresponsal está, por tanto, pendiente de la censura, una lucha difícil sobre todo para quien escribe en griego y tiene una sospechosa trayectoria intelectual, como es el caso. Por otro lado, anuncia que envía tres artículos más y que conserva las copias. Estamos a 26 de octubre y ya ha enviado, por tanto, alguna crónica con anterioridad, pero sin embargo no aparece la primera hasta casi un mes más tarde. El diario *Kathimeriní*, que había anunciado el 2 de octubre la inmediata publicación del trabajo de su reportero desde el escenario de los hechos, se vio obligado a recuperar reportajes del viaje anterior de Kazantzakis a España, en 1932, ante la expectación creada y a medida que el conflicto cobraba interés universal. Mes y medio tuvieron que esperar los lectores la primera crónica, que se publicó el 24 de noviembre, y que comenzaba, además, con una introducción general que resumía buena parte del viaje y que tuvo que ser añadida con posterioridad.

La postal lleva un matasellos de Lisboa del 29 de octubre, apenas tres días después de su redacción en Burgos (y un sello de la República española), pero el camino hasta Atenas por barco, como vimos, era demasiado largo. No había forma de acortarlo, aunque en su gira por el norte llegó hasta Irún. El 27 de octubre, la prensa adicta protesta enérgicamente porque la correspondencia que desde Francia o a través de este país se cursa a personas residentes en la zona controlada por los nacionales es remitida «al territorio ocupado por los rojos». Advierte que éstos pueden leerla y tomar represalias y pone en conocimiento de los residentes en el extranjero que deben usar «el conducto de países que ofrezcan mayores garantías» (11). Cegada la vía postal más rápida, es lógico pensar que hasta las últimas semanas de noviembre, con Kazantzakis ya fuera del país o terminando su periplo, no llegaran las crónicas a su destino, que, sin embargo, y salvo la primera —tal vez enviada por teléfono o telégrafo—, están numeradas y, empezando por el cerco de Madrid, conservan su secuencia cronológica.

Los temores del corresponsal para la transmisión de sus crónicas se confirmaron y podemos constatar que, al menos en este aspecto, eligió el bando equivocado. A tenor de lo que indica Bolín, tampoco había mucho interés por parte de las autoridades franquistas en facilitar las comunicaciones: «Los mayores obstáculos con que tropezaron los corresponsales agregados a nuestro ejército fueron los motivados por las dificultades técnicas para la transmisión telegráfica de sus despachos en el tiempo mínimo requerido para su más rápida aparición». Madrid controlaba las comunicaciones telefónicas con el exterior, imposibles en la zona nacional. Los cables de Málaga y Bilbao estuvieron en manos republicanas hasta 1937 y llegar al de Vigo desde el centro del país era lento y difícil. «Puede que tuviéramos más empeño» concluye Bolín, «en ganar la guerra que en hacer creer a otros que íbamos a ganarla».

Tras su recorrido por el frente norte, Kazantzakis regresa a Salamanca. Su intención es visitar su querida ciudad de Toledo y ser testigo de la tan anunciada toma de Madrid. El día 30 de octubre está fechado el salvoconducto que firma el coronel Francisco Martín Moreno, Jefe de Estado Mayor, y no Francisco Franco, como señala Kazantzakis en su libro. En la Oficina de Prensa de Salamanca, este corresponsal, clasificado como «literario», es registrado con el número 22 y se le permite entrar en Madrid acompañado de un oficial de Prensa.

El ánimo de los sublevados es de euforia y nadie duda —ni siquiera el Gobierno republicano, que partirá para Valencia— de que la caída de la capital es inminente. Es ahora, y no en la primera visita al cerco de Madrid, cuando el corresponsal consigue llegar a su querida ciudad de Toledo, objetivo principal de sus anteriores viajes a España, tras las huellas de El Greco, cretense como él.

(11) «Una infracción francesa de los reglamentos postales internacionales», *Abc* de Sevilla, 27 de octubre de 1936, p. 12.



TRANSCRIPCIÓN

Burgos, 26 Oct. [1936]

Querido amigo!

Estoy recorriendo en auto el frente norte desde hace una semana. Mañana salgo para Irún y San Sebastián. Le escribo en fr.[ancés] para que esta tarjeta pueda pasar.

No puedo escribir detalles; le envío tres artículos más. Conservo las copias. Vuelvo a Salamanca en tres días y desde allí haré en auto el frente sur —y esperaré la toma de M. [adrid]

Queda bien!

Postal de Nikos Kazantzakis
enviada desde Burgos
a Emiliós Jurmúsios, jefe
de redacción del periódico
Kathimeriní,
26 de diciembre de 1936.

Encuentra una ciudad derruida, «fantasma», un mes después de la «liberación». En su libro *Viajando: España*, cuyo apartado sobre la Guerra Civil suele llevar el subtítulo de *Viva la muerte*, dedica amplio espacio a sus reflexiones sobre la barbarie de la confrontación, así como a detallar la legendaria resistencia del coronel Moscardó y sus hombres, con abundantes testimonios y algunos episodios que posteriormente se demostraron inexactos y manipulados (12). «El Toledo actual», escribe, «al perfeccionarse gracias a las explosiones y a las bombas, se asemejaba tanto a las visiones de El Greco que al vagar bajo sus orgullosas y porfiadas murallas, cubiertas de cicatrices de guerra, me pareció estar flotando dentro de un cuadro suyo» (13). Es muy probable que pertenezca a estos días la fotografía (la única durante la guerra civil española) en la que se le ve minúsculo y difuso en la ciudad junto a una enorme montaña de ruinas.

Pero debemos seguir al Kazantzakis corresponsal de guerra. Ante la proximidad de la batalla final de Madrid, se traslada de nuevo al frente. El 5 de noviembre llega a Getafe «pocas horas después de la conquista». Esta crónica no

(12) Es el caso del asesinato del hijo del coronel Moscardó, que la epopeya nacionalista sitúa en el transcurso de la conversación telefónica con los sitiadores, cuando fue ejecutado, en efecto, pero un mes después. No cabe duda, sin embargo, de que tanto la conversación telefónica como la amenaza existieron. Otros corresponsales ofrecieron la misma versión de la muerte de Luis Moscardó, como Harold G. Cardozo: «Alcazar Chief “You Must Die” to Son. First Full Story of

Siege», en *Daily Mail*, 30 de septiembre de 1936, pp. 1 y 14. Esta crónica y una visión general de los corresponsales extranjeros, puede consultarse en el catálogo de la exposición *Corresponsales en la Guerra de España (1936-1939)*, Fundación Pablo Iglesias e Instituto Cervantes, Madrid, 2006. También cabe destacar el libro de Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, Barcelona, 2007.

(13) *España y Viva la Muerte*, op. cit., p.192.

está en su libro posterior (salvo la transcripción de la carta) y ejemplifica a la perfección su labor periodística. La desolación de la ciudad «todavía caliente por el abrazo violento», la intensidad de los testimonios y, sobre todo, la emotividad de la carta que recoge de un abrigo manchado de sangre, construyen uno de los mejores reportajes escritos sobre la guerra civil española. La conclusión: «¿Es una carta roja o negra? ¿Quién lo sabe?...», resume el espíritu de que le condujo a España (14).

A su regreso, según el libro de Eleni, se llevó lo que denominaba «los regalos españoles», la bandera ensangrentada y una foto de una niña vestida de campesina junto a un niño más pequeño, que podemos ver en estas páginas por vez primera en España, con una anotación en el reverso: «5 de noviembre de 1936. La encontré en las trincheras de Getafe, al día siguiente de su conquista por los nacionales, en un abrigo». Eleni dice erróneamente que la foto es de la mujer del soldado muerto, Francisco López, y de su hija Carmencita, cuando sólo aparece la niña en la imagen. La instantánea está firmada por un fotógrafo de Torrelavega, localidad cántabra en ese momento en poder de los republicanos.

Pero Madrid resistió, a pesar de la ferocidad de los ataques. Kazantzakis regresa y espera en Toledo —que también es el centro de los corresponsales del bando nacional—, donde pasea, reflexiona e intenta entender el galimatías de siglas, uniformes e ideologías que recorren las calles y Franco deshará de un plumazo. Uno de estos días tiene noticia de que han matado al poeta español que más admira, Federico García Lorca. En la crónica en la que da cuenta del asesinato, publicada el 11 de enero de 1937, recupera para el público griego alguna de sus traducciones y afirma que nadie sabe con seguridad quién ha sido: «Aquí se mata así a la gente, sin razón alguna».

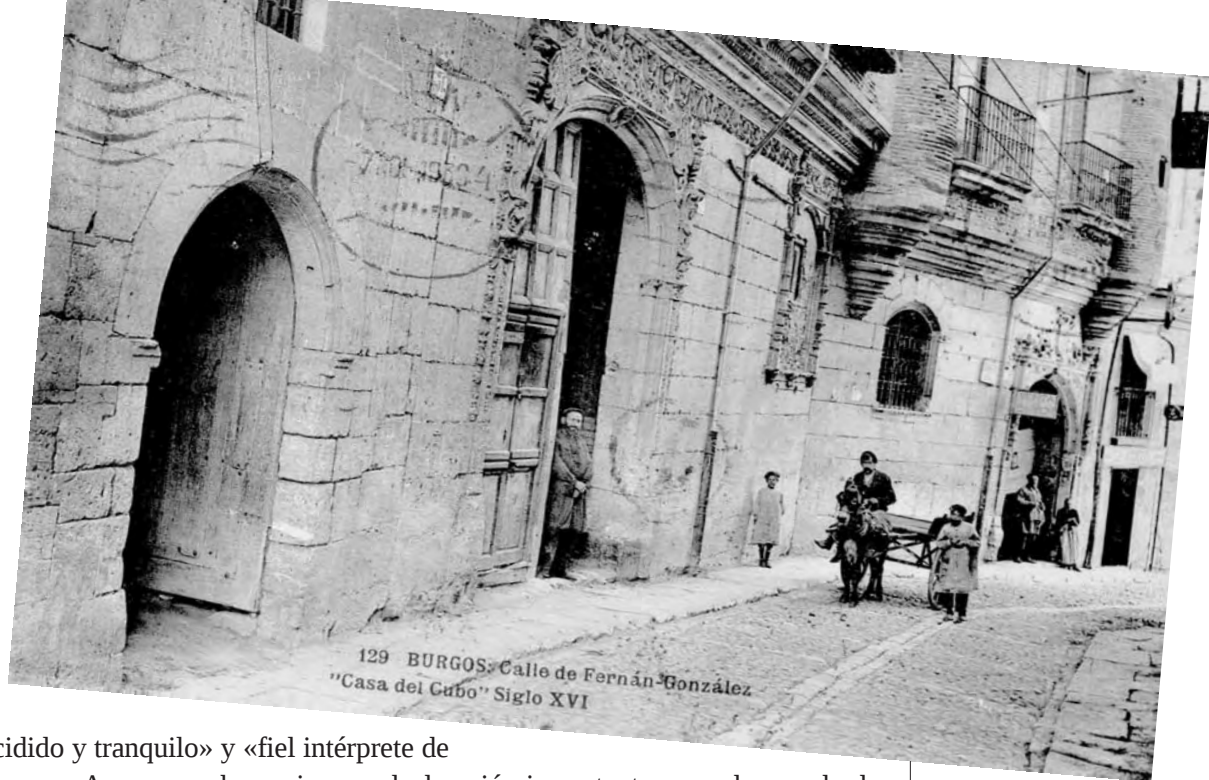
La espera se hace inútil, a pesar de que el corresponsal estaba expresamente autorizado en el salvoconducto expedido en Salamanca para entrar en la capital, y el viaje llega a su fin. Por sus notas sabemos que abandona el país en coche, pero esta vez no va en una caravana, sino con un chófer, Julio, y sigue el trayecto Ávila-Salamanca-Valladolid-Burgos-Irún..., lo que apunta a que salió en esta ocasión por Francia (15). A su paso por Ávila va a tener un último encuentro que hemos querido destacar aquí porque completa la visión que el griego tiene del conflicto español. La cuarta de las crónicas que traducimos es la entrevista, publicada el 22 de diciembre, con el general Franco, al que describe como

(14) Sería un ejercicio de gran interés contrastar la visión de Kazantzakis con la del corresponsal del *News Chronicle* Geoffrey Cox, que asistió a la batalla desde el lado republicano. Su descripción de Getafe es también de una gran viveza *La defensa de Madrid*, edición y traducción de Martín Minchom, Oberon, Madrid, 2005, pp. 103-108.

(15) No hemos podido establecer la fecha exacta de

salida de España de Kazantzakis ni la de llegada a Grecia. Nos basamos en los «40 días» que pasó en la guerra. Las crónicas se publicaron del 24 de noviembre de 1936 al 17 de enero de 1937. Sobre todo los primeros días, ocupan un lugar destacado en la portada.

(16) Rosa Chacel: *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín*, Cátedra, Madrid, 1980, p. 47.



Anverso de la postal de Nikos Kazantzakis enviada desde Burgos a Emiliós Jurmúsios, jefe de redacción del periódico *Kathimerini*, 26 de diciembre de 1936.

«decidido y tranquilo» y «fiel intérprete de su época». Aunque no hace ninguna declaración importante, para desagrado de los otros tres periodistas extranjeros presentes en la conversación —un inglés, un francés y un americano, que le preguntan qué pretende hacer con Madrid—, para Kazantzakis es importante conocer personalmente a un hombre «vestido con un sencillito uniforme de color caqui, de estatura mediana, de aspecto sosegado y típicamente español, sin ínfulas trascendentales, con una mirada tranquila y penetrante».

El encuentro pudo producirse en torno al 1 de noviembre o, más probablemente, alrededor del día 20, los dos momentos en los que Franco está en Ávila. Cautó como siempre, se había retirado de la primera línea de combate en los inicios de la ofensiva sobre Madrid, dejando el mando operativo en manos del general Mola, que estableció su cuartel general en la capital abulense, donde acudió el *Generalísimo* en esas dos ocasiones. Kazantzakis admiraba a Franco, al menos en ese momento, pero, como Unamuno, no era fascista ni bolchevique; pertenecía a la élite de la intelectualidad europea que buscaba un camino intermedio de libertad que la restauración del orden por parte los militares podría hacer posible.

Volvió a Grecia con la guerra española en la retina, consiguió una colaboración diaria en *Kathimerini* por 3.000 dracmas mensuales, siguió con su libro y terminó su casa de Egina. A pesar de los augurios de Georgios Vlajos, director del periódico, sus amigos de siempre no le cogieron antipatía; al contrario, recurrieron a él cuando lo necesitaron. Es el caso del pintor Timoteo Pérez Rubio y de su mujer, Rosa Chacel, a los que había conocido durante su estancia en la España republicana y culta de 1932, con Juan Ramón Jiménez, Lorca y Alberti, entre otros muchos. En el otoño de 1938, Kazantzakis acogió a Rosa Chacel y a su hijo, refugiados fuera de España mientras su marido, uno de los principales dirigentes culturales del bando republicano, salvaba el patrimonio artístico español. No era, por tanto, un franquista, sino uno de los muchos intelectuales que a finales de los años 30 se debatían entre las ideologías y trataban de encontrar un lugar para la razón y la libertad creativa. «Conocí a su Eleni» escribe la escritora española en sus memorias, «pasé unos días con ellos en Egina, en su casa, tan al borde del agua que las velas al pasar tapaban la ventana» (16). □